CELEBRACIÓN DE LA SEXUALIDAD EN EL CANTAR DE LOS CANTARES

Se trata de un esbozo de definición de carácter cristiano ecuménico, visto todo bajo el prisma de Parábolas. Pueden suponer el inicio de debates, apertura al diálogo, encuentros fraternos dentro de un respeto mutuo.. Han participado Protestantes, católicos, Evangelistas, Baptistas; Pentecostales, Carismáticos.

Parábolas viene del latín y significa “palabra”. Y es un lugar y un espacio para una palabra libre, original y generosamente compartida.

En griego la palabra (parábola) significa “comparación”… Es nuestro objetivo: una plataforma

en la que se debata de forma constructiva, respeto y tolerancia las opiniones de todos.

PARABOLAS porque era el estilo explicativo y pedagógico de Jesús, actual hoy día…

PARABOLAS cuyo centro es Cristo y la Biblia. En base a esto hacemos nuestra reflexión de diálogo y exploración teológica…

Internet puede ser una herramienta para ayudar a los cristianos a adquirir una capacidad de escucha adulta, salir de creencias y esquemas de pensamientos estereotipados.

¡¡¡!!!

Puede que de una primera lectura, resulte algo chocante (para X personas) la ilustración de este breve estudio del Cantar de los Cantares.

Una segunda lectura o más, lo verás todo tan normal como el contenido claro. Todo es obra de Dios y se debe mirar bajo su óptica de pureza.

En otro libro colgado en la web de autores católicos, vi ampliamente el Canta de los Cantares como una relación íntima de Dios con la persona en su alma.

Esto puede clarificar a quien consulta páginas sobre este tema, totalmente desenfocadas desde el punto de vista que le da el ecumenismo cristiano.

Con afecto, Felipe Santos, SDB.

LA CELEBRACIÓN DE LA SEXUALIDAD: El Cantar de los Cantares

Penetrar el parque paradisíaco del Cantar de los Cantares, es entrar en este bello jardín sensual de flores y animales exóticos, especias y aromas paradisíacos, frutos exquisitos y vino perfumado.

Este jardín despierta y excita todo los sentidos. Se aspira el sentido de los perfumes que exhalan la mirra, el nardo, así como la fragancia del manzano en flor.

Se miran los santos de las gacelas en las montañas. Se saborean pasteles de uvas y dátiles y se degusta el mejor de los vinos y licores. Se escuchan los arrullos de la tórtola y de la paloma. Se recogen lirios y se acaricia el pelo suave del gamo.

Al entrar en el jardín del secreto de los enamorados hay que saber que…

La amada invita a su amor a entrar en su jardín para comer de sus frutos exquisitos (4, 12-16). Viene para recoger su mirra con sus aromas, comer su miel y beber su vino (5,1). Baja como una gacela para pacer entre los lirios (6,2-3,11). Este jardín, como la viña, el vergel o el campo, simboliza el cuerpo, más precisamente, la sexualidad.

He aquí por qué este Cantar de los Cantares es el mejor en el sentido superlativo. Es el canto incomparable, el poema más bello, el cántico sublime.

«Comed, amigos, bebed, emborrachaos, amados» (5,1):

dimensiones metafóricas de la sexualidad.

Entrar en este paraíso (4,13) de los enamorados en el cual sentir estas fragancias y saborear estas delicias simbolizan el deseo y el placer, es evidentemente franquear el umbral del mundo de la metáfora. Las metáforas del Cantar de los Cantares despiertan los sentidos, de aquí la conciencia de la sensualidad. Aspirar perfumes, es el aprecio mutuo de sus atractivos y la anticipación del amor del otro /a (1,2-3,12-13). Recoger frutos o pacer entre las flores, es gozar de las intimidades: abrazarse, estrecharse, acariciarse (1,12, 2.4, 6.2,11). Comer o

beber las delicias, has ser ebrios, es el goce sublime mutuo, el éxtasis sexual (4,16-5.1).

Si el deseo es goloso, el sopor del deseo, el placer, es gastronómico. No faltan manjares (1,12, 2.4, 5.1). En el mundo de estos amantes, el amado no es solamente un pastor o un jardinero (1,7, 6.2-3). Para ella, él es también un “rey”, e incluso un «Salomón» (*shelomoh* , 1,5, 3,7,9,11, 8,11-12; *cf.* 1,1). En cuanto a la amada, si es pastora o jardinera (1,6,8, 4,16), es también para él, una «Salomonesa» (*shulamit* , 7,1), una «hija de un príncipe» (7,2). Todos los manjares suculentos, los festines y los banquetes, la cama suntuosa son dignos de esta pareja “real” en el día de sus bodas (3,11) y de su luna de miel (4,16-5.1).

«Tus caricias son mejores que el vino» (1,2, 4,10)

Contrariamente a nuestros usos de la metáfora, que remiten a menudo a la forma o a la calidad de una cosa comparada, en el Cantar de los Cantares, la metáfora, que pone en relación dos cosas diferentes, vehicula un efecto o un estado. Así, al escuchar que “tus caricias son mejores que el vino», no se busca la relación entre las caricias, o más precisamente el goce sexual (*dôdîm* , 1,2,4, 4,10, 7.13; *cf.* Ez 16,8, 23,7; Pr 7,18) y la sustancia líquida del vino, sea cual sea su aspecto, gusto o su olor, pero el efecto o el estado que la alegría que éste produce, la

exaltación, la embriaguez (5,.1).

La puesta en relación metafórica del vino (el dador del sentido) y del amor (el receptor del sentido) mira a dinamizar el goce supremo.

Y he aquí el fundamento (el punto de comparación) de la metáfora: este goce supera el goce producido por el vino, el placer sexual es más exaltante que el efecto embriagador del vino.
En efecto, la viña en el Cantar de los Cantares es una metáfora muy apropiada de la sexualidad de la amada (1,6, 8,12). La viña es la fuente del vino, como el cuerpo del uno es la fuente del placer del otro. Es en las viñas donde la amada desea dar su amor (*dôdîm* , 7,13) a su amado (*dôd* , 7,11,14). Para que la viña dé su fruto a la persona que la cultiva, es necesario, como ella lo hace, guardarla bien (1,6, 8.12).

La viña está rodeada de un muro y, en su seno, hay torres (*cf.* Es 5,2,5). Frente la cuestión de la castidad antes del matrimonio, ella declara: «Soy una muralla y mis senos son torres» (8,10, *cf. v*. 8-9). La guardia de la viña consiste también en expulsar a los “zorros”, estos hace agujeros que destrozan las viñas (2,15), metáfora aquí, como en poemas de amor Próximo Oriente antiguo, colores de faldas. Asolar es la misma palabra *(habal)* , traducido más tarde por “concebir, quedar embarazada”: quiere despertar a su amado bajo un manzano, «el mismo en el que tu madre te ha concebido (8,5).

En este mundo de enamorados, dónde el deseo de rozar ligeramente el placer “antes de hora o de tiempo”, ella siente la gran responsabilidad que representa el guardián de esta “viña mía de la que dispongo” (8,12).

Un comentarista resume«(…) el amor del amado y de la prometida se expresa en largas efusiones líricas que integran, francamente y sin segunda intención, todos los aspectos de la alegría amorosa, del placer sexual discretamente evocado (1,1-3,16, 2,6, 4,16-5.1, 7,8-9,13-14) mediante la unión del corazón más delicado.»

«Tus dos senos son como dos gamos (4,5)

El deseo y el placer mutuo se entrelazan y forman eco en las palabras tiernas que se expresan mutuamente. En cuanto a los atractivos físicos, él exclama: «¡Qué bella eres, compañera, qué bella eres!» (1,15, *cf.* 4,7); y ella responde: «¡Qué bello eres, querido, qué agradable” (1,16). En cuanto a las intimidades que ella desea: «Que me bese con besos de su boca» (1,2); y él le responde: «Tus labios destilan miel… hay bajo tu lengua miel y leche» (4,11); «Tu paladar es como el mejor vino » (7,10). Ella desea que descanse en sus pechos

(1,13); tocándolos, él murmura: «Tus dos senos son como dos crías de gacela que pacen entre los, lirios» (4,5, *cf.* 2,16, 7,4).

Ella lo invita, Sé, querido, como una gacela o un gamo en montes separados» (2,17); él responde: «Me iré al monte de mirra y a la colina de incienso» (4,.6). En el abrazo mutuo, ella suspira:«Su mano izquierda está bajo mi cabeza y su derecha me abraza» (2,6, 8,3).

En el éxtasis amoroso, ella susurra tiernamente: «El amor que me das es mejor que el vino» (1,2); él responde: «El amor que me das y haces, hermana, esposa, es un amor mejor que el vino» (4,10). La pertenencia, cuerpo y alma, es mutuo y exclusivo: «Mi amado es para mí y yo soy para él» (2,16, 6,3, *cf.* 7,11).

«Entra, amor mío, en tu jardín… Voy…» (4,16-5,1)

En el centro exacto del Cantar de los Cantares, en una pequeña sección de (4,16-5,1), el amado, después del matrimonio (3,11), responde a la invitación amorosa de la amada: «Que mi amor entre en su jardín y coma sus frutos.» El responde: «Entro en mi jardín, hermana, mi mujer. Recojo mi mirra con mis aromas. Como mi miel, bebo mi vino con mi leche.»

Antes un jardín cerrado (4,12), éste está ahora

abierto. El poema alcanza su apogeo temático y estructural en la consumación del matrimonio. Este par de versículos, que celebran las intimidades conyugales, está en el corazón mismo del Cantar de los Cantares en la gradación de 111 líneas (o 60 versículos, más el título 1,1 de 1,2 a 4,15 y 111 líneas (55 versículos) de 5,2 a 8,14.

Además, todas las metáforas principales del Cantar de los Cantares se concentran ahí y se articulan

alrededor de la metáfora por excelencia de la sexualidad, el jardín: ir a él, comer, beber y recoger es el goce. Ahí donde el gozo se intensifica, las metáforas se multiplican: mirra y aromas, miel, vino y leche . El esposo goza de los frutos exquisitos que su esposa ha guardado únicamente para él (7,14, *cf.* 8,12).

« Los contornos de tus muslos son como joyas, obra de manos de artista» (7,2)

El elogio del cuerpo de la mujer más elocuente se encuentra en la boca del amado (7,2-6, *cf.* 4,1-5). Su cuerpo entero, su belleza, le fascina. Lo describe con pasión. En su gran placer, hace las delicias de sus miembros. Comenzando por los pies, mira luego los muslos y, subiendo a la parte más íntima de la

pelvis, luego al abdomen y a los senos, llega a la cabeza, al cuello, a los ojos, a la nariz así como a los cabellos. Para él, esta parte íntima es «une copa redondeada en la que el cócktail no falta» (v. 3).

En contraste con el goce encontrado por otra parte en el Cantar de los Cantares (1,2, 2,4, 5,1, 7,10), puesto en relación con el vino, su sexo es metafóricamente intensificado por la imagen de una bebida extremadamente embriagadora (7,3, *cf.* 8,2). El fundamento metafórico, es el éxtasis que se deriva de ello.

«Lo busco…» (3,1-2, 5,6)

Este pudor encuentra su rival en dos poemas que tienen como tema el insomnio amoroso de la amada o su búsqueda apasionada de su amor. En el primer poema (3,1-5), ella está en su cama buscando a lo largo de la, noche al que ella ama (3,1). Suspira: «Busco al que amo pero no lo encuentro» (vv. 1-2). Busca y busca, pero en vano. Tiene ganas de que su amor entre en la habitación donde su madre la concibió (3,4). La consumación, ciertamente, es lo que ella quiere. Pero sabe que satisfacer este deseo, este amor despertado, debe aguardar el momento preciso y justo (v. 5, *cf.* 2,7, 8,4), el día del matrimonio (3,6-11).

En el Segundo poema de la búsqueda en sueño nocturno (5,2-8), ella dormía pero se despertó esperando a su marido. Lo tenía todo preparado. Ella está sin camisa de noche y lavada (v. 3) . En fin, llega. El hace proposiciones pero, ahora, para ella no es el momento (v. 3). Sin embargo no se desalienta y persiste. Plenamente despertada ahora, comienza a abrirse a su querido (vv. 5-6), pero no está. Ella busca, pero no lo encuentra. No está en la cita (v. 6). En su ardor amoroso, se siente como una chica de las calles (v. 7, *cf.* 3.2). Frustrada, exclama: « Estoy enferma de amor» (5,8)

«El día de su matrimonio, el día en el que él está alegre» (3,11)

El poema que, en términos metafóricos del goce de los frutos de un jardín, celebra el acto sexual, la consumación del matrimonio, está en el centro preciso del Cantar de los Cantares (4,16-5.1). Esta corona es el comentario por excelencia del orden creacional: «Llegarán a ser una sola carne» (Gn 2,24); después de lo cual, el acta del estado idílico de la primera pareja en el jardín del Edén (que significa” placer”): «Los dos estaban desnudos, el hombre y su mujer sin que les diera vergüenza» (v. 25). En el Cantar de los Cantares, el jardín de ella es ahora el jardín de él (4,16-5.1). No hay frutos prohibidos (7,8-9).

El matrimonio, unión sellada en el lecho conyugal, establece una alianza de por vida entre un hombre y una mujer (Pr 2,16-17; Ml 2,14-15). Esta unión es a la vez espiritual y física. Esta es carnal, pues es el momento en el que los dos se convierten en una sola carne (Gn 2,24; Mt 19,5; 1 Cor 6.16; Ef 5,31). Es espiritual pues, como lo dice Jesús: «No son ya dos; forman uno. Que el hombre no separe lo que el hombre ha unido.» (Mt 19,6; Mc 10,7-8; *cf.* Ml 2,16; Rm 7,2).

El matrimonio es el reflejo del amor de Dios para su pueblo y de Cristo para su Iglesia. Este amor divino se pinta en términos de matrimonio. Dios o Cristo, es el Marido, el Esposo. El pueblo o la Iglesia, es la Casada, la Esposa.

Esta relación, sellada por la alianza, se presenta en términos de matrimonio, incluida la consumación (Os 2,8-22; Jr 2,2; Ez 16,8; Ef 5,25; Ap 19,7-8, 21,9).
En el corazón de esta alianza está el amor. El amor apasionado se pinta en el Cantar de los Cantares como «el calor de una llama», «el rayo de Yahvé». El verdadero amor cuyo problema es el compromiso de por vida: «Fuerte como la muerte es el amor.» Es mutuo y exclusivo: «Indomable como Shéol es la pasión.» Pase lo que pase, «las aguas caudalosas

no podrían apagar el amor y los ríos no lo sumergirán». Su valor es inestimable y «si alguien diera todo el haber de su casa a cambio del amor, no haría otra cosa sino despreciarlo» (8,6-7).

Es este amor el que rige la sexualidad y la sexualidad alimenta el amor. La sexualidad es el dominio de la vida por excelencia, de la reciprocidad, de la pertenencia mutua y del amor sin reserva. El deseo se extiende al otro y el placer viene de la otra u otro. Se dan cuerpo y alma recíprocamente. Los dos forman uno.

«Hacia mí es su deseo» (7,11); «Estoy enferma de amor» (2,5 , 5,8); «Sus llamas son llamas ardientes» (8,6)

En cuanto al poema en el que la esposa se mantiene despierta en su lecho largo tiempo y con el deseo amoroso (5,2-8), ¿qué otro pasaje en la Biblia puede comentar mejor el Génesis 3,16 en el que, respecto a la mujer, se dice “tu deseo será para tu marido” y el Cantar de los Cantares 7,11 en donde, en cuanto al marido, ella dice «hacia mí es su deseo?»

La traducción de este deseo *(teshuqah)* en intimidad conyugal no es siempre evidente. El deseo en uno no es existe siempre, al mismo tiempo y en el mismo grado en el otro/a. DE aquí las frustraciones en el plano sexual. Finalmente, es un «mal de amor» cuyo sólo remedio es homeopatético, que sólo puede

aliviar una dosis de amor.
Este pasaje presenta una imagen destacable de los tipos de ajustes que son necesarios en la vida conyugal. Las diferencias entre hombre y mujer, la pereza natural, la incertidumbre de uno respecto a las intenciones de la otra, las variaciones en los ritmos de vida, el hecho de que se está poco dispuesto a cambiar sus hábitos a favor del otro/a hace que surja el problema de la lectura de los deseos del otro/a.

Estos deseos no saciados se pueden traducir, por ejemplo, en él por la posesión o en ella por la manipulación. La abstinencia impuesta, no negociada, no está al orden del día (1 Cor 7,1-5): «No os privéis el uno de la otra, si no es mutuamente de común acuerdo (v. 5). La apuesta es quizá ser tentado por la falta del dominio de sí y, lo peor, caer en el adulterio (v. 2) .
Al ser consciente y preocupado por las necesidades del otro/a, es necesario tomar en cuenta el ritmo de vida con sus pulsaciones desiguales en la pareja, los diversos grados de pulsiones en el plano afectivo.

Los momentos diferentes de fatiga y de estrés, sentimientos ondulantes… El amor en el conocimiento del otro/a obliga a veces a que se renuncie a sus derechos, que se prive durante un tiempo, o a la inversa, que se entregue o dé incluso si el momento no es el mejor. Es el clima de comprensión y de consentimiento mutuos los que

permiten la anulación de los deseos insatisfechos por in lapso de tiempo definido, en la seguridad mutua del amor incondicional recíproca.

Encontrar el equilibrio comienza por la sumisión del cuerpo al otro, como dice Pablo: «La mujer no tiene autoridad sobre su propio cuerpo, sino el marido; y, de igual forma, el marido no tiene autoridad sobre su propio cuerpo, sino la mujer. (1 Cor 7,4).

El amor debe regir la sexualidad y la sensualidad. El amor de alianza es incondicional. Este amor busca el bien del otro/a y no conoce ni límite ni agotamiento. El amor permanece más allá del deseo y del placer y los rige o gobierna. Sin el amor, el gozo sexual es un instinto animal, egoísta.